No, no me quiero casar

Cristina Villacís Espín

Actualmente el matrimonio infantil es un tema muy polémico, sin embargo, hasta hace unos años era una triste realidad que se presentaba con las estudiantes de nuestras aulas. Quiero contar esta historia, no con la intención de cuestionar las costumbres y tradiciones de nuestros pueblos, sino como una invitación a reflexionar desde una mirada educativa que asuma un rol docente mucho más humano, enfocado en lograr una verdadera formación integral de nuestros niños y adolescentes que esté consciente de que, para ello, se debe trabajar en procesos formativos con padres de familia y la comunidad educativa.

Hace aproximadamente veintisiete años empecé a laborar como docente en un colegio fiscomisional femenino, ubicado en el sector urbano de la región amazónica. Fue muy difícil, por una parte, alejarme de mi familia y, por otra, adaptarme a un grupo social muy diferente al que me rodeaba desde niña y que, por cierto, hoy en día es al que con orgullo pertenezco, pues se convirtió en mi hogar, en mi tierra. En aquel tiempo, la mayoría de instituciones educativas de la provincia de Napo eran fiscomisionales, pero no por ser una combinación entre lo fiscal y lo particular, como ocurre en otros sectores del país, sino por funcionar con una alianza entre el Ministerio de Educación del Ecuador, quienes asumían el pago a los maestros, y la Misión Josefina, que era la encargada de administrar la institución y de proporcionar la infraestructura. La educación era gratuita y se enmarcada en el catolicismo. Aún siendo una institución relativamente pequeña, contaba con bachilleratos en Ciencias y bachillerato Técnico.

Esta historia ocurrió el último día de labores del año lectivo. Había un ambiente muy diferente al de otros días, porque ese día culminaba el año. Todos los docentes tenían un semblante muy alegre, pues, al fin, después de tanto trabajo, de tantas dificultades en el tema laboral, podrían disfrutar de las tan anheladas vacaciones. El patio del centro educativo ha sido testigo de la entrada y salida de mucha gente. Se escuchan voces, risas, una libertad de hacer y decir cosas, porque ya no había clases. Los chicos y maestros estaban en otro asunto.

Lo común era ver cómo todos entraban programados a mirar las publicaciones de las notas finales que estaban colocadas en la cartelera principal. En pocas horas se vio una infinidad de reacciones ante lo que representa esa papelera que, por todo el año, contenía información a la que se la daba poca importancia. Sin embargo, aquel día era diferente: aquellos números, asignados a cada estudiante, eran de crucial importancia en el destino de sus vidas.

Unos se ponían alegres, otros tristes; unos gritaban de emoción, otros lloraban; unos se quedaban a compartir con los demás esos últimos momentos antes de irse, otros se iban pronto, sin querer saber más hasta el inicio del próximo ciclo escolar. De pronto, frente a todas esas reacciones, surgió una que no se esperada. Una muchachita de quince años corría como un animalito herido por todo el patio. Lloraba. Gritaba. Entre el asombro de todos se escuchaba: "¡No! ¡No me quiero casar!". Lo repetía una y otra vez, como si esperara que alguien la liberara de una sentencia que era parecida a la de la muerte.

Pasamos mucho tiempo procurando que se tranquilizara, pero, sobre todo, tratando de entender lo que estaba sucediendo. No se encontraba relación entre unos resultados que indican que reprobó su año escolar y el temor, la angustia y la desesperación que mostraba al repetirlo y repetirse a sí misma: "No, no me quiero casar".

La muchacha pertenecía a una comunidad *kiwcha* ubicada a unos quince minutos de Archidona, con unos doscientos integrantes, aproximadamente, todos ellos muy católicos. Su padre era el líder de la comunidad y, aunque muy católico, estaba muy relacionado con la Iglesia y sus representantes, y se encargaba de preparar a los niños

y jóvenes para que recibieran sus sacramentos, no había dejado de lado sus costumbres y tradiciones. ¿Se preguntarán qué tiene que ver esto?, pues mucho.

Tiempo atrás un anciano de la comunidad que se había quedado viudo decidió solicitar a la muchacha en matrimonio. Lo hizo cumpliendo con lo que las costumbres de la comunidad establecían. Sin embargo, frente a la resistencia de ella, su papá le propuso un trato: si aprueba el año lectivo no tendría que casarse, pero si no lo hacía, la entregaría al anciano, para que la convierta en su esposa. Escuchar aquello me parecía tan increíble. La miraba con tanto asombro, con tanta indignación por lo que relataba. Sin embargo, lo más extraño y sorprendente fue la reacción de los otros maestros —todos mestizos y, en su mayor parte, serranos que llegaron la provincia de Napo en busca de trabajo—, a ellos les parecía algo muy normal. Es más, me decían que no interviniera, que no me convenía inmiscuirme en un problema que no era mío, pero, sobre todo, que estaría interfiriendo en las costumbres de una comunidad *kiwcha*, lo que podría resultar muy peligroso para mí.

Antes de contarles el resto de la historia, quiero hacer un paréntesis y hablar de todo lo que considero que se debe hacer como docente y que no hice. Claro, los demás tampoco lo hicieron, pero alguien debía.

Cada ciclo escolar trabajamos con uno o varios grupos de estudiantes y nos ocupamos de cumplir con el currículo. Nos preocupa tanto que los chicos desarrollen las destrezas propuestas y, en muchos de los casos, ni siquiera eso, seguimos insistiendo en el dominio de contenidos, muy convencidos de que lo demás solamente les corresponde a los padres de familia. Sin embargo, ¿dónde queda la parte humana? Pasamos un ciclo escolar con ellos, pero ¿hasta dónde llegamos a conocerlos?, ¿qué sabemos de ellos? Lo que más me estrujaba las entrañas, como un dolor cargado de reproche de conciencia, era cuestionarme: ¿qué hice yo, como maestra de una de las asignaturas que reprobó, para ayudarla a superar sus dificultades de aprendizaje?, ¿dónde se quedaron mis competencias

docentes?, ¿por qué no pude darme cuenta de lo que aquella muchacha estaba viviendo?

Sin ir a los extremos, como en este caso, eso sucede cada ciclo escolar. Los jóvenes que no aprueban una o varias asignaturas viven realidades muy duras. Hay algo ahí, en sus mentes, en sus corazones, que no les permite vivir con emoción, con alegría, de tal forma que puedas aprender, a su manera, pero que lo hagan para que puedan aprobar el ciclo escolar que están cursando.

De regreso a la historia, esa noche tomé una decisión riesgosa. Me llevé a la muchacha a la ciudad de Ambato. Fue el viaje más largo de mi vida, tenía la incertidumbre de que, en cualquier momento, la policía nos detendría y, obviamente, yo debería responder por el secuestro de una menor de edad. Repensado esta experiencia, no podría decir que fue la mejor forma ni la más diplomática como educadora, tampoco fue un ejemplo a seguir, no; pero, en ese momento, mi mente y corazón me dijeron que fue la opción más humana. La demanda que se les plantea a los maestros, en muchas ocasiones, es elegir entre la vida, dignidad y protección de sus estudiantes o los hábitos y costumbres culturales de sus hogares, los que, en algunos casos, contradicen el sentido del derecho y respeto al ser humano. Y es que en el quehacer educativo, ciertas realidades nos desafían e interpelan, las vemos, oímos, sentimos, pero ¿basta con eso? Como diría Ignacio Ellacuría, a veces no solo debemos ver y juzgar, sino actuar: "dejarse cargar por la realidad".

Al parecer, su padre no puso la denuncia —gracias a Diosito—. Al poco tiempo, nos enteramos de que habría otra oportunidad de hacer exámenes para quienes reprobaron hasta en dos asignaturas, entonces nos pusimos manos a la obra. Trabajamos durante las vacaciones para que ella pudiera rendir sus exámenes. Terminadas las vacaciones, regresamos. Ella dio sus exámenes, aprobó el año y la dejé nuevamente en su casa.

Por motivos de trabajo, salí de ahí y pasó mucho tiempo antes de que la volviera a ver. La encontré después de varios años. Me comentó que se había casado con un joven de su edad, a quien ella escogió y de

quien estaba enamorada. Él era maestro y juntos tenían cinco hijos. Cuando nació su primer hijo me buscó para que fuera su madrina, pero, como no me encontró, le puso mi nombre.

Permanentemente tengo conflictos internos a la hora de pensar sobre las costumbres de los pueblos, especialmente cuando estos se anteponen a la vida y derechos de los niños y jóvenes. Con el pasar del tiempo y gracias a la convivencia con un pueblo mayoritariamente indígena, *kichwa*, he vivido de cerca los conflictos de niños, adolescentes y de los mismos padres de familia que no quieren que sus hijos estudien en instituciones rurales o bilingües, ya que consideran que deben "ser alguien en la vida", lo que implica dejar de lado su lengua materna, sus costumbres culturales, en fin, muchas cosas propias de su comunidad.

Son casi tres décadas desde que llegué a este rincón amazónico, tres décadas de vivir y conocer todas aquellas situaciones que generan conflictos en las diferentes familias de nuestra comunidad educativa, en la que, como maestra, me he sentido, de alguna manera, involucrada y obligada a intervenir. He llegado a la conclusión de que hay muchos saberes y costumbres que no deben perderse, que no se deben dejar morir en la memoria de los ancianos, que se deben rescatar y dar continuidad; sin embargo, hay otras costumbres que deben ser repensadas y reconsideradas, sin alejarse de los derechos de cada uno de los integrantes de una comunidad, situaciones en las que las leyes internas de una comunidad no pueden pasar sobre los derechos humanos.

Valoro mucho los saberes y tradiciones de los pueblos y nacionalidades de mi país, pero también siento que los procesos educativos nos permiten cambiar algunas costumbres y hacer que prevalezcan los derechos de los niños y adolescentes, de hombres y mujeres, del ser humano como tal. En definitiva, un maestro debe mirar a la persona que hay en cada uno de sus alumnos; si no lo hace, aún le falta mucho para ser maestro.